

Feliz 2015

ROSA REGÀS

Estamos ante un país distinto: amedrentados los poderosos, lúcidos y con coraje los que hasta hoy callaban



Al irse 2014 nos ha dejado la dolorosa sensación de lo confundidos que están los que gobiernan. Y en cambio de sorpresa por la clarividencia política de la sociedad, que no se había conocido en esta democracia. Es realmente enigmático lo que ocurre en el poder: salimos de la crisis, dice el presidente, pero no se reduce el abultado número de parados; somos los más transparentes pero siguen en sus cargos cientos de imputados; nuestra economía tira del carro de Europa pero nuestra deuda ya supera el PIB. Por no hablar de los catalanes que nadie sabe hoy lo que pretenden: tras haber provocado manifestaciones multitudinarias pidiendo una independencia que nadie sabe aún a qué aspira ni qué supone, sus dos promotores, con posiciones encontradas, van de reunión en reunión ajenos al caos emocional que provocan. Todos ellos envueltos en trampas y embustes y gritando desahogados insultos contra la nueva formación que amenaza su poder y sus privilegios.

Del otro lado la sociedad, que ha pasado decenios en silencio, no solo despertó con las proclamas del 15M sino que hoy osa decidir y protestar, y habla y opina y nos sorprende cuando alguien en su humilde precariedad expresa sus ideas con una claridad y precisión que ya quisieran para sí el presidente del Gobierno y sus adláteres.

Estamos pues ante un país distinto que comienza a cambiar: ame-

drentados y falsamente gloriosos los poderosos, lúcidos y con coraje los que hasta hoy callaban. La renovación de pequeños partidos, la irrupción de otros con voluntad de denunciar los abusos del poder y su intención de restituir los derechos derogados asusta a la neoliberal Europa y más aún al FMI. Todavía no nos amenazan como a los griegos pero todo se andará. Aun así los grandes partidos, en su forma de mostrarse al público, comienzan a hacer cambios en los que no creemos por supuesto, porque ocultan más de lo que muestran, pero son el reconocimiento de que hasta hoy se han movido en el sucio terreno de la impunidad que les ha permitido hacer de todo y tolerarlo todo a los suyos.

Si la ley mordaza no les sonroja, si la miseria no les conmueve, si el ahorro a cambio de vidas no les remuerde, si han matado la cultura y ni siquiera se han enterado, ya se ve dónde estamos y quién nos manda.

La pena es que sigue vigente la herencia de la dictadura y hoy seguirán votando por los corruptos los que ayer lo hicieron. Yo sin embargo tengo confianza en que nuestra sociedad democrática, tan atenuada aún, haya aprendido y esté aprendiendo día a día, y tal vez en este año de 2015 nos dé una sorpresa que suponga no un cambio definitivo, sino al menos un peldaño más hacia la justicia, la igualdad y la libertad verdaderas.

Que así sea.

RAMÓN



Antonio López: 1994-2014-

JOSÉ FRANCISCO GARCÍA SÁNCHEZ
ARQUITECTO



Estos días se ha inaugurado en el Palacio Real de Madrid la exposición 'El retrato en las Colecciones Reales: de Juan de Flandes a Antonio López'. En ella se trata de plasmar ese género del retrato real tan arraigado en la tradición de la pintura española, en este caso, desde los Reyes Católicos hasta el Rey Juan Carlos I. El colofón de la exposición lo preside el lienzo que el pintor Antonio López ha dedicado a La familia de Juan Carlos I. Y donde el manchego se mide con Velázquez, Goya o Soroya, entre otros.

Aparentemente, el cuadro fue concluido el 5 de noviembre de 2014 —al menos firmado— habiéndose oficializado en 1997 el acuerdo formal con Patrimonio Nacional, promotor y propietario, aunque el juego de fotografías que sirvieron de modelo se realizarían el verano de 1994 en el estudio del propio pintor, después de un intento fallido en la Navidad de 1993 en el Palacio de la Zarzuela. Es decir, 20 años ha durado el proceso creativo que ha traído hasta aquí esta obra. Durante este tiempo, el cuadro se ha instalado bien en el Palacio Real —cuando la aparente pereza del pintor obligaba al promotor a apremiarle en los tiempos— bien en el taller del propio pintor en Chamartín —cuando las presiones ambientales se calmaban— respondiendo a una especie de tira y afloja. El último episodio ya definitivo, lo protagonizó el actual responsable de Patrimonio Nacional, cuando obligó al pintor a traer los bártulos definitivamente al Palacio Real, el 26 de abril de 2013, y a proponerse a entregar el retrato para la exposición.

El cuadro aparece firmado con su nombre y primer apellido, y acompañado con el intervalo de tiempo durante el cual se ha gestado la obra: el inicio y su aparente conclusión. Pero la firma desvela otro secreto, un guiño (-) después del 2014: 'Antonio López-1994-2014-' ¿Existe una voluntad de expresar que la obra ha quedado definitivamente inconclusa? En una conversación con el periodis-

ta Antonio San José, celebrada en la Fundación Juan March, el pintor afirmó que «una obra nunca se acaba, sino que se llega al límite de las propias posibilidades». O esta otra sentencia, con cierta ironía y humildad: «sé lo que es comenzar una obra, terminarla no sé en qué consiste».

Si alguien considera a Antonio López como un pintor estrictamente hiperrealista, el equivocado es él. La culpa la tienen, quizá, las reproducciones en papel. Pero si uno se acerca a su obra, como se tuvo la oportunidad de hacer durante la exposición retrospectiva que el Museo Thyssen-Bornemisza organizó en el verano de 2011, se da cuenta de la realidad. Las obras de Antonio López están llenas de inscripciones, apuntes, tachaduras, agujeros, añadidos, rectificaciones y manchas. Aquella exposición, perfectamente hilvanada, descubría la historia de cada cuadro, incluyendo apuntes de fragmentos de cielo o tanteos sobre algún aspecto concreto; o trabajos previos a la pintura definitiva que explicaban su proceso como autor y sus intenciones. Incluso los 7 vuelos sobre la Gran Vía se mostraron todavía inconclusos. Existe en la obra del manchego, por tanto, una clara voluntad de dejar la huella del registro de los sucesos pictóricos.

En el retrato real presentado estos días, por ejemplo, aparecen todavía las testas de los cinco protagonistas sobre una cuadrícula a lápiz, o la consigna de la posición de los pies regios, o trazos verticales que le ayudan al pintor a fijar la escala de las figuras. La inscripción a lápiz «13,48 / luz sobre el cuadro», situada a la izquierda, hace referencia al momento en que Antonio López inmortalizó a esa hora de una tarde de septiembre de 2014, unos rayos de luz que inundaron el cuadro, poco antes de acabarlo. También aparece delineado ese reflejo de la luz sobre el lienzo, que finalmente incluyó. Incluso se puede ver la silueta del Príncipe desplazada a la izquierda —más próximo a su madre la Reina— respecto a una versión anterior o distintas po-

siciones previas de algunas de las cabezas de los protagonistas. Algo que también le ocurrió a Velázquez en el cuadro que pintó a un pariente del nuestro, el Rey Felipe IV en 1623 donde la capa aparece desplazada, y cuyo lienzo se sitúa hoy frente a las Meninas en el Museo del Prado. Pero a diferencia de su maestro, el manchego exhibe estos sucesos con naturalidad.

Vistas así las cosas, no queda por menos que afirmar cuánto, lo verdaderamente contemporáneo, lo que nos diferencia de tiempos remotos, lo que hace a la segunda mitad del siglo XX diferente en el modo en el que los creadores se han enfrentado a su obra, es la emocionante voluntad de no entenderla como un acto acabado y cerrado, además de la generosa actitud de mostrar el proceso creativo como un triunfo. En el arte contemporáneo se antepone el verbo al adjetivo y como decía Buno Latour, los artistas deben abrir las cajas negras, mostrando el género y compartiendo el registro de sus acciones. Así, el escultor Richard Serra elaboró, entre 1967-1968, una lista de 107 verbos (vaciar, plegar, salpicar, enrollar, apoyar, cortar, doblar,...) que aplicaba a sus obras, donde lo esencial era precisamente el proceso. También los pintores amparados bajo el paraguas del action-painting, se esforzaban en registrar sus métodos; o la voluntad de los cineastas de desvelar algo más que un producto acabado mediante los making-off; también redundan en esta idea, las prácticas open-source, donde se comparte generosamente las conclusiones y resultados. Y, desde luego, la larga tradición de la arquitectura española de la segunda mitad del siglo XX y los albores del siglo XXI. Por tanto, el creador intelectual contemporáneo (homo sapiens), ha ido desplazando sus intereses hasta convertirse en un hacedor mediante la acción (homo faber) y que se divierte compartiendo sus reglas de juego, incorporándolas como parte indispensable de la obra (homo ludens).